Obras completas de Platón

Nadie dirá que haya otras, respondió.

¿Sabes de otra profesión humana en la que el género masculino supere en todo esto al femenino? ¿O nos dilatamos hablando de la arte textil, de la de pasteles y condimentos
d en los que, al parecer, el género femenino es algo, y en que ser vencido le resultaría lo más ridículo de todo?

Es verdad lo que dices, añadió; porque en todo eso, para decir lo que se dice, predomina en grande un género sobre el otro. Por cierto, muchas mujeres son, para muchas cosas, mejores que los varones; pero, en conjunto, es como lo dices.

Luego, querido, no hay oficio, dentro de la administración de Ciudad, que sea propio de la mujer por ser mujer ni del varón por ser varón; sino que, de manera semejante, están las dotes naturales distribuidas en ambos sexos; y, por naturaleza, la mujer toma parte en todos los oficios, y
e en todos el varón, aunque, en todo, sea la mujer más débil que el varón.

Absolutamente.

¿Así, pues, encargaremos de todo a los varones; mas de nada a las mujeres?

Y ¿cómo?

Porque hay, creo, afirmaremos, mujer dotada naturalmente para medicina; otra, no; y para la música; y otra, inmúsica.

Cierto.

456a ¿No hay una que es gimnasta y guerrera; mas otra, no guerrera, y sin amor a la gimnasia?

Yo lo creo así.

Pero ¿qué?; ¿alguna, filósofa o misósofa?; ¿y corajuda o sin coraje?

Las hay también en esto.

¿Hay, pues, también mujer guardiana; otra, que no? ¿No es por tales dotes naturales que hemos escogido a los varones para guardianes?

Por esas, ciertamente.

Luego respecto de la guardia de Ciudad, es una misma la naturaleza de mujer y de varón, sólo que es o más débil o más fuerte.

Es evidente.

b VI. Luego tales mujeres han de ser escogidas para cohabitar y coguardar con tales varones, ya que están biendotadas y son de la misma naturaleza que ellos.

Absolutamente.

Mas los mismos oficios, ¿no han de darse a las mismas naturalezas?

Los mismos.

Luego hemos llegado, tras una vuelta, a lo primero, y convenimos en no ser contranaturaleza el que las mujeres de los guardianes se den a música y gimnástica.

De todo en todo así es.

c Luego no pusimos de ley lo imposible ni algo parecido a piadosos deseos, puesto que pusimos de ley algo según naturaleza; más bien lo actual, que contra esto va, es contranaturaleza, al parecer.

Lo parece.

¿No era también de considerar si lo llamaríamos posible y mejor?

Pues sí.

¿Y que queda convenido ser posible?

Sí.

Y qué es lo mejor, ¿no nos queda el deber de convenirnos a continuación en ello?

Evidentemente.

Así que, para que una mujer resulte guardiana, no será una educación la que haga guardianes a los varones; y otra,
d la que a las mujeres, especialmente porque se halla en la misma naturaleza.

No otra.

¿Cuál es tu opinión respecto de esto?

¿De qué?

De suponer según tú haber un varón mejor, otro peor; ¿o tienes a todos por iguales?

En modo alguno.

Pues bien, en la Ciudad que hemos fundado, ¿crees que obtendremos sean los mejores guardianes los varones formados según la educación que describimos, o lo sean los zapateros educados en zapatería?

Ridícula pregunta, dijo.

e Lo comprendo, respondí. Pero ¿qué?; respecto de los demás ciudadanos; ¿no son aquéllos los mejores?

Con mucho.

Pero ¿qué?, sus mujeres, ¿no serán ellas también las mejores entre las mujeres?

Y mucho también, dijo.

¿Hay algo mejor para Ciudad que engendrarse en ella mujeres y varones, cuanto mejores mejor?

No lo hay.

¿Mas harán precisa y perfectamente eso música y gim-
457a nástica, adquiridas tal cual las describimos?

Pero, ¿cómo no?

Luego pusimos de ley algo no sólo posible sino aun lo mejor para Ciudad.

Así es.

Habrán, pues, de desnudarse las mujeres de los guardianes, ya que la virtud las recubrirá, en vez de los vestidos; y habrán de tomar parte en la guerra y demás guardias propias de la Ciudad, sin otro quehacer. Pero ha de darse de todo ello lo más ligero a las mujeres, y no a los hombres, por la debilidad de su género. En cuanto a varón que se
b ría a la vista de mujeres desnudas que hacen gimnasia para perfeccionarse en bien «corta no aún madura el fruto de lo ridículo»; no sabe, al parecer, ni de qué se ríe ni qué hace, porque bellísimamente se dice y se dirá precisamente que «lo útil es bello; mas lo perjudicial, feo».

De todo en todo así es.

VII. He aquí que, con esto, hemos cual escapado de la primera oleada, sin resultar del todo ahogados, diciendo y estableciendo que han de ser comunes todos los oficios a
c nuestros guardianes y guardianas; mas, ¿que el razonamiento concuerda mejor consigo mismo, al decir que es posible y útil?

Y de grande y no pequeña oleada escapaste, dijo.

No dirás que sea grande, añadí, cuando veas la siguiente.

Dila, véasela, añadió.

A ésta y demás leyes anteriores sigue, añadí, estotra:

¿Cuál?

Que tales mujeres, las de todos tales varones, todas sean comunes y ninguna cohabite en particular con ninguno; y los
d niños, a su vez, comunes: que ni el padre sepa cuál es hijo suyo ni el niño quién es su padre.

Cosa más difícil de aceptar es esta ley que aquélla, y lo referente a su posibilidad y utilidad.

No creo, proseguí, que haya mayores dudas respecto de la utilidad: de que no sea grandísimo bien el que sean comunes las mujeres y comunes los niños, en caso de que sea factible; mas pienso que sobre lo de posible o no surgirán máximas dudas.

e Sobre ambas, dijo, se dudaría mucho y bien.

Estás tratando, dije yo, de reunir razonamientos; mas yo pensaba escabullirme de uno de los dos, si te pareciera útil, restándome sólo el de sobre posibilidad o no.

Mas no se ocultó tu huida, dijo; da, pues, razón de ambos.

Soportaré el justo castigo, dije; hazme, con todo, este
458a favor: permitirme un regodeo, cual los perezosos de mente que suelen regodearse cuando pasean a solas. Porque los tales, antes de haber hallado la manera de obtener lo que anhelan, dejando aparte, para no causar la voluntad, eso de si posible o no, dan por hecho lo que quieren; disponen

ya sobre lo restante y se regocijan recontando lo que harán cuando se realice, volviéndose perezosos, y especialmente perezosa su alma que ya lo era mucho. Pues yo también me
b siento ya flojo, y deseo diferir para ulterior consideración eso de "si posible". Mas ahora, poniendo que sean posibles, consideraré, si lo consientes, cómo los gobernantes ordenarán lo que, llevado a la práctica sería lo más beneficioso de todo para la Ciudad y los guardianes. Trataré, contigo, de examinarlo primero; después, lo demás, si lo permites.

Pues lo permito, dijo; ponlo a consideración.

Creo, pues, proseguí, que si los gobernantes van a ser
c dignos del hombre, y parecidamente sus auxiliares, éstos estarán dispuestos a realizar lo ordenado; aquéllos, a ordenar; obedeciendo aquellos mismos las leyes en algo, en otras cosas imitándolas, en cuantas se las hayamos encomendado.

Es verosímil, dijo.

Pues bien: tú, el legislador, proseguí, así como escogiste a los varones, así también, escogiendo a las mujeres, les entregarás a ellos las por su natural más semejantes posible. Por participar de comunes cosa y mesa, y no poseer nada de nada
d en privado, vivirán juntos, y mezclándose, a la vez y por necesidad, en gimnasios y demás ejercicios guiados, por natural necesidad llegarán, tal creo, a unirse unos con otras. ¿No te parece digo cosas necesarias?

No con necesidad geométrica, respondió, sino con amorosa, que se da el caso de ser la más transverberante saeta para persuadir y arrastrar a la multitud de humanos.

VIII. Y mucho, añadí; mas, después de esto, Glaucón,
e dejar que se mezclen entre sí sin orden ni concierto, o que hagan cualquiera otra cosa no fuera ni piadoso en Ciudad de bienaventurados, ni lo van a permitir los gobernantes.

Porque no fuera justo, dijo.

Es evidente, pues, que, a continuación, haremos matrimonios, en lo posible cuanto más sagrados mejor. Y serían sagrados los más beneficiosos.

De todo en todo así es.

459a Pero, ¿cómo serán los más beneficiosos? Esto, dímelo tú, Glaucón, porque veo en tu casa perros de caza y gran cantidad de pájaros nobles. ¡Por Júpiter!: ¿te fijaste algo en sus acoplamientos y producción de crías?

¿En qué especialmente?, preguntó.

Primero de todo, aun siendo nobles, ¿no hay algunos que resultan mejores?

Los hay.

¿De todos por igual sacas crías, o te empeñas en que procedan sobre todo de los mejores?

De los mejores.

b Pero, ¿qué?: ¿de los más jóvenes o de los más viejos, o sobre todo de los maduros?

De los maduros.

Y si no los criaras así, ¿no crees que empeoraría grandemente el género de pájaros y de perros?

Yo sí, respondió.

Pero, ¿qué de caballos, añadí, y de los demás animales? ¿Se han de otra manera?

Absurdo será, respondió.

¡Caramba!, exclamé, querido compañero, ¡qué eminentes han de ser nuestros gobernantes si aun para el género de los humanos las cosas son así!

c Pues así son, dijo; pero ¿qué?

Que les será necesario, añadí, echar mano de muchos remedios. Para los cuerpos de quienes no piden remedios sino que quieren obedecer a una dieta, creemos basta con un médico, aun el más corriente. Mas cuando se haya de recetar medicamentos, sabemos que hace falta de médico, y del más decidido.

Es verdad. Pero, ¿por qué lo dices?

Por esto, respondí: corremos el riesgo de que los gober-
d nantes hayan de necesitar casi continuamente el servirse de mentiras y engaños en favor de los gobernados. Mas dijimos que todo esto hay que utilizarlo bajo eidos de medicamento.

Y correctamente, dijo.

En los matrimonios y procreación de hijos parece resulte precisamente esto correcto, y no en pequeño grado.

¿Cómo así?

Es preciso, proseguí, según lo convenido, que los mejores yoguen con las mejores cuantas más veces mejor; pero los maldotados con las maldotadas, lo contrario; y criar los hijos
e de aquéllos; no los de éstos, si el rebaño ha de ser excelentísimo. Y que todo esto, realizado, quede oculto para todos menos para los gobernantes mismos, si es que el rebaño de los guardianes ha de estar, sobre todo, libre de disensiones.

Correctísimo, dijo.

Pues bien: habráse de imponer por ley algunas fiestas en que se congreguen casaderas y casaderos, y sacrificios, e
460a himnos a componer por nuestros poetas, apropiados a los matrimonios futuros. En cuanto al número de matrimonios quede en manos de los gobernantes, para que mantengan sobre todo el mismo número de varones, teniendo presente guerras, enfermedades y casos tales, y que, en lo posible, nuestra Ciudad no se haga ni grande ni pequeña.

Correctamente, dijo.

Han de hacerse sorteos sutiles de modo que un maldotado encause, por cada coyunda, a la suerte, pero no, a los gobernantes.

Y mucho, dije.

b IX. Y a los que de entre los jóvenes resulten buenos en guerra u otros casos, hay que darles, además de honores y otras recompensas, una más frecuente licencia de acostarse con mujeres a fin de que, con tal pretexto, resulte de ellos gran sementera de hijos.

Correctamente.

En cuanto a los hijos, conforme vayan naciendo los recibirán funcionarios públicos establecidos para ello, sea de varones o de mujeres o de ambos sexos, porque las funciones son comunes a mujeres y a varones.

Sí.

c Es mi opinión que los hijos de los buenos, una vez recibidos en la casa-cuna, se los lleve a donde nodrizas que habitan fuera, en cierto barrio de la Ciudad; mas los de los maldotados, y si resulta deforme alguno de los otros, se los oculte, cual conviene, en lugar secreto e inaccesible.

Si, dijo, ha de ser puro el género de los guardianes.

Se ocuparán además de la alimentación; y llevando a las madres a la casa-cuna cuando se sientan lactíplenas, se
d darán toda clase de trazas para que ninguna note cuál es el suyo; y si no fueran capaces de amamantarlos, les proporcionarán otras que tengan leche; y cuidarán solícitamente, en estos casos, de que el tiempo de amamantar dure lo debido; y descargarán a nodrizas y criadas de vigilias y otros trabajos.

Gran comodidad en la maternidad, añadió, para las mujeres de los guardianes, a tenor de lo que dices.

Pues es conveniente, proseguí. Continuemos con lo propuesto. Dijimos que los hijos han de proceder de los maduros.

Es verdad.

e ¿No piensas conmigo que el tiempo justo de la madurez es veinte años para la mujer y treinta para el varón?

De ellos, ¿cuáles?, dijo.

Para la mujer, respondí, comenzar a dar hijos a la Ciudad desde los veinte años a los cuarenta; mas para el varón, desde pasado «el ápice extremo de la carrera»; desde él, que engendre para la Ciudad hasta los cincuenta y cinco años.

461a Tal es, para ambos sexos, dijo, el ápice de cuerpo y de mente.

Si, pues, alguien, de mayor edad, o de menor, se mete a engendrar para la comunidad, afirmaremos que tal yerro no es ni piadoso ni justo, por crearle a la Ciudad un hijo que, al entrar de matute en ella, no nacerá a tono con los sacrificios y plegarias que sacerdotisas y sacerdotes y la Ciudad entera hacen en favor de cada matrimonio: que de buenos nazcan siempre mejores hijos y de útiles otros más útiles; empero, estotro habrá sido engendrada a oscuras y en terrible
b intemperancia.

Correctamente, dijo.

La misma ley, continuó, para el caso de que alguno de los aún en edad de procrear se ayunte, sin unirlos el magistrado, con una mujer en edad, porque afirmaremos que está trayendo a la Ciudad un hijo bastardo, sin esponsales y sin consagración.

Correctísimo, dijo.

Mas cuando, tal pienso, las mujeres y los varones pasen de la edad de procrear, les dejaremos que ellos se ayunten a quien quieran, a excepción de hija, madre, hijas de hijas y ascendientes de la madres; y a las mujeres, lo mismo, excep-
c tuando hijo, padre y descendientes y ascendientes de ellas. Mas dándoles en esto licencia, han de empeñarse sobre todo en no traer a la luz, caso de concebirse, ninguna criatura; mas en caso de que llegare, hacerse cuenta de que no hay para el tal crianza oficial.

También esto está ajustadamente dicho, añadió. Mas,
d ¿cómo discernirán unos de otros padres e hijas y lo demás de que hablabas?

No habrá cómo, dije; mas, a partir del día en que uno de los guerreros sea novio, cuantos hijos nazcan después de ese día en el décimo o séptimo mes, llamará a todos ellos: a los varones, "hijos"; a las hembras, "hijas"; y ellos y ellas, a él "padre"; y parecidamente a los hijos de éstos y éstas, "hijos de hijos". Mas a los nacidos dentro del tiempo en que las madres y padres de ellos procreaban, llamarán "her-
e manas y hermanos"; de esta manera, lo que estábamos ahora diciendo, que no haya ayuntamiento entre ellos. Mas la ley dará permiso para cohabitar a hermanos y hermanas, si la suerte les cae y la Pitia lo admite.

Correctísimamente, dijo.

X. Tal será, Glaucón, y de tal manera, para los guardianes de la Ciudad la comunidad de mujeres y de hijos. Que sea consecuente con lo restante del régimen político y, con mucho, lo mejor, es lo que hace falta, después de aquello, reforzar con razonamiento. ¿O cómo lo haremos?

462a Así, ¡por Júpiter!, dijo.

Pues, ¿no ha de ser el principio de nuestro acuerdo éste: explicarnos a nosotros mismos y decir cuál tenemos por máximo bien para la organización de la Ciudad, mirando al cual debe el legislador imponer las leyes; y cuál, el máximo mal; después, poner a consideración si lo que hemos descrito nos coajusta con las huellas de lo Bueno; y nos desajusta, de las de lo malo?

Esto más que nada.

¿Tenemos por el mal mayor para Ciudad el que la escinde
b y hace de una muchas? ¿O por el bien mayor el que la coligue y haga una?

No tenemos.

Pues bien: la comunidad de placer y pena, ¿no coliga, sobre todo, cuando todos los ciudadanos se alegran y apenan igualmente de los mismos éxitos y desgracias?

De todo en todo, respondió.

Mas el particularismo en todo eso disuelve, cuando unos exageradamente sufren o se regocijan de los mismos sucesos
c de la Ciudad y de quienes en ella están.

Pero, ¿cómo no?

Pues bien: ¿no proviene precisamente eso de que se pronuncian a la vez en la Ciudad frases como "lo mío, lo no mío"? ¿Y por la misma manera respecto de lo ajeno?

Efectivamente así es.

Mas cualquier Ciudad en que la mayoría diga "lo mío y lo no mío" respecto de lo mismo y de la misma manera, ¿no está administrada, precisamente ella, de la mejor manera?

Y mucho, por cierto.

¿Y qué de la que se aproxime cuanto más mejor al individuo humano? Cuando, por ejemplo, el dedo de alguien recibe un golpe, la comunidad entera, que se extiende desde el cuerpo hasta el alma, dando una orden el de gobernante
d en ella, lo siente y conduélese, a la vez, toda entera por la pena de una parte; y así decimos que al hombre le duele el dedo; y respecto de cualquier otra parte del hombre, la misma

razón: que el hombre sufre por el padecimiento de una parte y se deleite por el alivio de ella.

Es la misma razón, dijo; y en cuanto a eso que preguntas, la Ciudad mejor regida se administra de una manera cuanto más próxima al individuo mejor.

Así que al pasarle, creo, cualquier cosa, buena o mala,
e a uno de los ciudadanos, dirá sobre todo una tal Ciudad que es a ella a quien le pasa, e íntegra se alegrará o apenará.

Necesariamente, la bien regulada, dijo.

XI. Tal vez sería ya tiempo, proseguí, de que volvamos a nuestra Ciudad, y de considerar, respecto de lo convenido según el razonamiento, si lo posee sobre todo ella; y si otra, mejor.

Pues ha de hacerse, dijo.

463a Pues ¿qué?: ¿Hay en las demás Ciudades gobernantes y pueblos?; ¿los hay también en ésta?

Los hay.

Se llamarán todos ellos, unos a otros, "ciudadanos".

Pero, ¿cómo no?

Mas, aparte de eso de "ciudadanos", ¿qué nombre da el pueblo en las demás a los gobernantes?

Por cierto que en las más, el de "déspotas"; pero en las democráticas, ese mismo nombre: ¿el de "gobernantes"?

Mas en nuestra Ciudad, ¿además de "ciudadanos", qué dice el pueblo son los gobernantes?

b Salvadores y defensores, dijo.

Y éstos, ¿qué, respecto del pueblo?

Asalariados y alimentados por él.

Pero y en las demás Ciudades, ¿qué nombre dan los gobernantes a sus pueblos?

El de esclavos, dijo.

Y ¿los gobernantes entre sí?

Cogobernantes, dijo.

Pero, ¿y los nuestros?

Coguardiantes.

Puedes decirme, respecto de los gobernantes en las demás Ciudades, si uno puede llamar de entre los cogobernantes a uno pariente; a otro, extraño.

Los hay y muchos.

¿Así que al pariente lo tendrá por, y dirá de él que es
c algo, suyo; mas al extraño, como no suyo?

Así.

Pero, ¿qué para ti respecto de los guardianes? Hay alguno que tenga por, y diga de uno de los coguardianes que es extraño.

En modo alguno, dijo; porque con cualquiera que se encuentre pensará encontrarse o con hermano o hermana o padre o madre o hijo o hija o con alguno de sus descendientes o de sus progenitores.

Bellísimamente dicho, añadí. Pero respóndeme además a esto: ¿les impondrás por ley tan sólo el empleo de los nombres familiares, o el hacer todas las acciones correspondientes a los nombres; respecto de los padres, cuanto la ley sobre padres manda: reverencia, cuidados y debida obediencia
d a progenitores; de manera que, si hiciere algo diferente de esto, nada de bueno le vendrá ni de dioses ni de hombres, por no obrar ni piadosa ni justamente? ¿Estas u otras diferentes sentencias, proferidas por todos los ciudadanos, han de resonar inmediatamente en los oídos de los niños, cual himnos, acerca de quienes se les declare ser sus padres y sus demás parientes?

e Estas precisamente, dijo; porque sería ridículo si, sin obras, los nombres familiares estuvieran tan sólo en las bocas.

Luego, de entre todas las Ciudades, en ésta resonará a coro, cuando a uno le vaya bien o mal, la frase que acabamos de decir: "a mí me va bien, o a mí me va mal".

Verdaderísimo, dijo.

464a Pues bien: ¿no decíamos que, a tenor con esta definida opinión y frase, se acompañen en común placeres y penas?

Y lo dijimos correctamente.

Pues bien: ¿no tendrán, sobre todo, en común nuestros ciudadanos eso que llamarán "mío"? Y, teniendo eso en común, ¿tendrán parecidamente en comunidad total penas y placeres?

Y mucho.

¿No es, pues, la causa de esto, además de lo restante de la constitución, la comunidad de mujeres e hijos entre los guardianes?

Mucho, y aun muchísimo, dijo.

b XII. Pues bien: convinimos en que éste precisamente era el máximo bien para Ciudad, al comparar Ciudad bien administrada con un cuerpo respecto de cómo se comporta en cuanto a dolor y placer de una parte suya.

Y correctamente convinimos en ello, dijo.

Luego ha quedado patente que la causa para la Ciudad de tal máximo bien es la comunidad de hijos y mujeres entre los auxiliares.

Y mucho, dijo.

Y convinimos además con lo anterior, porque dijimos que no han de serles de propiedad privada ni casas ni tierra ni posesión alguna, sino, recibiendo cual salario por su guarda
c la alimentación, gastarán todo en común, si han de ser, en realidad de verdad, guardianes.

Correctamente, dijo.

Lo anteriormente dicho y lo dicho ahora, ¿no hace aún más lo que digo: que sean verdaderos guardianes, y que no escindan la Ciudad, dando el nombre de "mío", uno a una cosa; otro, a otra; llevándose uno a la casa propia lo que
d pueda poseer aparte de los demás; y otro, a la suya propia, poseyendo mujer e hijos diferentes que, siendo propios, le den placeres y dolores propios? Mas si tienden todos a lo mismo con unidad de opinión sobre lo propio, ¿no compartirán en lo posible penas y placeres?

Efectivamente así es, dijo.

Pero ¿qué?: procesos judiciales y acusaciones mutuas, ¿no desaparecerán sin más porque, por decirlo así, no poseen ellos nada propio fuera de su cuerpo, y lo demás es común?
e De lo cual resultará no haber entre ellos discusiones de esas que surgen entre los hombres por poseer dineros, hijos y parientes.

Por gran necesidad desaparecerán, dijo.

Y por cierto no habrá entre ellos justamente juicios ni por violencias ni por maldades. Afirmaremos que defenderse los de una edad con los de la misma es bello y justo, estableciendo cual necesario el cuidado de los cuerpos.

Correctamente, dijo.

465a Y esto tiene de bueno, añadió, esta ley que si, por acaso, uno se encoleriza con otro, satisfaciendo la cólera, entonces mismo pasará menos a mayores disensiones.

Pues así es.

Se ordenará además que el más viejo gobierne y castigue a todos los más jóvenes.

Está claro.

Además: que, a no ser lo ordenen los gobernantes, uno más joven no ose hacer violencia jamás ni pegar, como es natural, a uno más viejo; mas ni faltarle al respeto de otra manera, pienso, porque son suficientes para impedirlo un par de guardianes: temor y reverencia; reverencia que refrena de poner las manos sobre quienes son cual padres; temor,
b de que vayan en auxilio del atacado los demás; unos, por ser cual hijos; otros, cual hermanos; otros, cual padres.

Así pasará, dijo.

¿De todos modos las leyes aportarán paz mutua a tales varones?

Y mucha, dijo.

Mas si ellos no se dividen en facciones, no hay que temer que el resto de la Ciudad se escinda en ellas, ni contra ellos ni ellos entre sí.

Pues así es.

Respecto de males pequeñísimos, de los que se libra-
c ríán, casi no vale la pena ni aun de hablar: adulancias a los ricos, apuros de los pobres y padecimientos que pasan en la crianza de los hijos, apuros económicos por el necesario sustento de los familiares: tomar prestado, negar deudas, aprovisionarse como sea y ponerlo en manos de mujeres y servicio, entregárselo a administrar, y tantas y tantas cosas, querido,
d que en esto pasan, patentes, innobles y nada dignas de mencionarse.

XIII Patentes, dijo, aun para un ciego.

Libres de todo esto, vivirán aun una vida más feliz que la que viven los vencedores en Olimpia.

¿Cómo?

La felicidad de éstos es una parte pequeña de la que aquéllos tienen. Porque la victoria de aquéllos es más bella que la de éstos, y la manutención que del pueblo reciben es más completa, porque vencen con una victoria que es salvación de la Ciudad entera; nutrimento y todo lo demás de
e que necesita la vida recíbenlo ellos y sus hijos; aún en vida cólmalos su Ciudad de premios y, una vez muertos, dales la debida sepultura.

Mucho y bellamente debida, dijo.

Recuerda, proseguí, que, anteriormente, no sé las palabras de quién nos reprochaban de no hacer bienaventurados
466a a los guardianes, quienes pudiendo tener cuanto tienen los demás ciudadanos, nada tenían. Pero nosotros dijimos entonces que, en su oportunidad, lo reconsideraríamos; que, por el momento, estábamos haciendo guardianes a los guardianes; y a la Ciudad, lo más bienaventurada posible; mas que eso de "bienaventurado" no lo determinaríamos mirando en ella a una sola clase.

Me recuerdo, dijo.

Pues bien, ahora nos pareció evidente que la vida de los auxiliares era con mucho más bella y mejor que la de los vencedores en Olimpia; ¿nos parecerá de algún modo com-

b parable con la vida de los zapateros, de los otros artesanos
y con la de los agricultores?

No me lo parece, dijo.

Por cierto que lo que allá se dijo, justo es se lo repita aquí:
que si el guardián intenta hacerse bienaventurado de modo
que ya no sea guardián, ni le satisfaga una vida así de mori-
gerada, segura y, como nosotros afirmamos, justa, sino que
una opinión insensata y de jovenzuelo acerca de bienaventu-
c ranza tiéntale a emprender hacer, cuanto más pueda mejor,
suyo todo lo que haya en la Ciudad, conocerá cuán sabio
era, en realidad, Hesíodo al decir «de alguna manera la
mitad es mayor que el todo».

Si sigue mi consejo, dijo, se quedará en tal vida.

¿Luego admites, proseguí, la comunidad de mujeres
entre tales varones, tal cual la explicamos, tanto acerca de
educación de los hijos como de guardia de los demás ciu-
dadanos; que ellas permanezcan en la Ciudad, vayan a la
d guerra y hayan de compartir la guardia y la caza cual perros
y tomar parte en todo y de todas las maneras, en lo posible,
y que, haciendo esto, obrarán bellísimamente y no contra
naturaleza: la de hembra respecto de la de macho, en las
cosas en que ambos nacieron para mutua comunidad?

Lo admito, dijo.

XIV. ¿Queda, pues, proseguí, por deslindar si es posible que entre los hombres, cual lo es entre los demás animales, se engendre tal comunidad y de qué manera sea ello posible?

Te me adelantaste, dijo, hablando de lo que iba a
e someterte. Acerca de lo de la guerra, creo, dije, es claro de
qué manera la harán.

¿Cómo?, preguntó.

Irán a campaña en común; y además llevarán a la guerra
a aquellos de los hijos que sean robustos, a fin de que, cual
los de los otros artesanos, contemplen lo que, cuando lleguen
a grandes, habrán de hacer. Además de verlo, que ayuden y
467a sirvan en todo lo referente a la guerra, y cuiden de padres
y madres. ¿No has notado en las demás artes cuán grande

tiempo, por ejemplo, los hijos de los alfareros, mientras ayudan, miran antes de poner ellos manos en la obra de alfarería?

Y mucho.

Pues bien, ¿han ellos de educar de más cuidadosa manera que nuestros guardianes a sus hijos por experiencia y contemplación de lo a hacer?

Ridículo, por cierto, fuera, respondió.

Pues bien: todo animal pelea especialmente bien presentes
b sus crías.

Así es. Pero, Sócrates, no es pequeño el peligro si sucumben, cosa frecuente en guerra, de que, además de ellos, hagan perecer a los hijos, e imposible el que la Ciudad se recupere.

Verdad dices, añadí. Pero, ¿crees que lo primario es procurar no correr jamás peligro?

En modo alguno.

Pero ¿qué? Si se ha de correr alguna vez peligro, ¿no es cuando los exitosos resultan mejorados?

Evidentemente.

c ¿Pero tienes por pequeña diferencia, y que no vale la pena de correr peligro, el que contemplen, o no, todo lo de guerra niños que han de ser varones precisamente guerreros?

No; hay gran diferencia en el caso de que hablas.

Luego hay que comenzar por hacer que los niños contemplen la guerra; mas cuidando de su seguridad; y todo irá bellamente. ¿Es así?

Sí.

Pues bien, proseguí; primero sus padres no serán, en cosas de hombres, ignorantes, sino conocedores de cuáles
d campañas guerreras son peligrosas o no.

Es verosímil, dijo.

Luego los llevarán a las unas; pero evitarán bien las otras.

Correctamente.

Y por comandantes, añadí, no les pondrán los más flojos, sino los que, por experiencia y edad sean jefes y pedagogos competentes.

Es lo conveniente.

Pero, diremos: muchas cosas pasan a muchos contra lo que uno cría.

Muchas realmente.

Para las tales, querido, es preciso que el niño tenga alas para que, si hiciera falta, alados huyan velozmente.

e ¿En qué sentido lo dices?, añadió.

En el de hacerlos montar, dije, a caballo desde jovenzuelos e, instruidos en cabalgar, llevarlos a ver el espectáculo en caballos no briosos ni belicosos, sino bien veloces de pies y dóciles a rienda. Así contemplarán bellísimamente su futura obra, y, si hiciera falta, de manera más segura se pondrán
468a a salvo, siguiendo a los jefes de mayor edad.

Me parece hablado correctamente, dijo.

Pero, y respecto de la guerra: ¿cómo han de portarse entre sí los soldados, y respecto de los enemigos? ¿Me parece correcto o no esto?

Di qué, añadió.

Si alguno, expliqué, abandona las filas o arroja las armas o hace, por malo, algo de eso, ¿no hay que deponerlo a artesano o agricultor?

Absolutamente.

Mas al cogido vivo por los enemigos, ¿no hay que darlo
b cual don a los captores, presa a su gana?

Efectivamente.

Mas al distinguido por su valentía, ¿no te parece que, primero, ya en campaña han de coronarlo por turno sus compañeros de armas, muchachos y niños? ¿O no?

A mí sí, ciertamente.

Pero ¿qué?: ¿darles la mano?

También esto.

Mas estotro, añadí, ya no te lo parecerá:

¿Qué?

Besar y ser besado por cada uno.

Esto sobre todo, dije; y añado en la ley que, mientras se hallen en tal campaña, a nadie le sea lícito rechazar a
c quien quiera besarlo, a fin de que si, por caso, alguno está enamorado de varón o hembra, se anime más a ganar los premios a la valentía.

Bellamente, dije; porque ya se dijo que, siendo bueno, tendrá listos más matrimonios que los otros, y más frecuentes elecciones sobre ellos que sobre otros recaerán, a fin de que nazcan cuantos más mejor de tal calidad. Se dijo ya. Lo dijimos, añadió.

XV. Mas, según Homero, es de justicia honrar de
d entre los jóvenes a cuantos sean valientes, porque dice Homero que a Ayax, por distinguido en la batalla, se le recompensó con bien ancho lomo, por ser tal honor adecuado a varón en flor de edad y valeroso, honrándolo con ello y a la vez aumentándole el vigor.

Correctísimamente, dijo.

En esto, pues, añadí, seguiremos a Homero. Y por esto nosotros, en sacrificios y todos los actos tales honraremos a los bien valientes en la medida en que se hayan mostrado buenos con himnos y con lo que se acaba de decir. Pero además, con asientos de honor, carnes y copas llenas para
e que, junto con honrarlos, robustezcamos a los varones y mujeres bienvalientes.

Bellísimamente hablado, dijo.

Sea; de entre los muertos en campaña, de quien termine su vida con buena fama, ¿no diremos ante todo que pertenece a la raza de otro?

Eso, sobre todo.

Pero, ¿no creeremos a Hesíodo en que, cuando algunos de tal raza mueran,

469a *resulten daimonios sagrados, supraterrenos,*
excelentes, defensores, guardianes de los loquentes hombres?

Pues le creeremos.

¿Consultaremos al dios cómo y con qué distinciones habrá que enterrar a tales daimonios y divinos varones, y lo haremos precisamente de la manera conforme al oráculo que él nos dé?

¿Cómo no va a ser así?

Y en lo futuro cuidaremos y veneraremos sus tumbas
b cual las de daimonios. La misma ley valdrá cuando termine por vejez o otro modo su vida cualquiera que se juzgue haber sido durante ella distinguidamente bueno.

Pues es justo, dijo.

Pero, ¿qué, respecto de los enemigos?, ¿cómo se portarán nuestros soldados?

¿En qué?

Primero, acerca de la esclavitud: ¿crees justo el que griegos esclavicen ciudades griegas? O, en lo posible, no incitar a eso a las otras Ciudades, y acostumbrarlas a respetar la raza griega, —buena prevención esta contra la esclavitud bajo
c poder de los bárbaros.

De todo en todo, dijo, es preferible prevenirlo.

¿Luego nosotros no tendremos esclavo griego, y a los demás griegos aconsejaremos eso mismo?

Absolutamente, dijo. Mejor fuera volvernos contra los bárbaros, y no irnos nosotros a las manos.

Pero, ¿qué, añadí, de despojar a los muertos, una vez vencidos? Claro, de las armas, sí. ¿Está bellamente hecho?
d ¿No les resulta esto a los cobardes un pretexto para no ir al combate, cual si cumplieran con un deber mientras merodean al derredor del muerto? Por tal rapacidad se han perdido muchos ejércitos.

Ciertamente muchos.

Despojar a un muerto, ¿no te parece innoble y avaricioso y cosa de mujerzuelas, y pequeñez mental el tener por

enemigo al cuerpo de un muerto, cuando el enemigo ha volado, dejando abandonado aquello con que peleaba? ¿O crees hay
e alguna diferencia entre los que hacen tal cosa y los perros que se enfurecen contra la piedra que les pegó, sin atacar al que se las tiró?

Ni aun pequeña, dijo.

Luego, ¿hay que ceder en eso de despojar a los muertos y en las prohibiciones de llevárselos?

Hay que ceder, sin duda, dijo, ¡por Júpiter!

XVI. Ni llevaremos, cual ofrenda, las armas a los templos, especialmente las de los griegos, si es que nos preo-
470a cupa algo la benevolencia hacia los demás griegos. Más bien temeremos que no sea una cierta profanación llevar al templo tales despojos de parientes, a no ser en caso de que el dios diga otra cosa.

Correctísimo, dijo.

Pero, ¿qué en cuanto a la devastación de la tierra griega e incendio de casas? ¿Harán, según tú, tal cosa los soldados contra los enemigos?

Más me agradaría oírte declarando tu opinión.

b Pues a mí, respondí, me parece que no se haga ninguna de las dos cosas, sino llevarse la cosecha del año. Y ¿por qué?, ¿quieres que te lo diga?

Absolutamente.

Me parece que, al modo como se denominan con dos nombres —con esos de "guerra" y "escisión"—, parecidamente son dos cosas, que versan sobre un par de diferencias. Llamo precisamente dos a lo familiar y congénere, por una parte; a lo extranjero y extraño, por otra. Pues bien: respecto de lo familiar, la enemistad para con los de la familia se llama "escisión"; respecto de los extranjeros, "guerra".

Y no dices nada fuera de lo normal, añadió.

c Ve también si digo según lo normal estotro; porque afirmo que la raza griega es de la misma familia y procedencia; mas es extraña y extranjera respecto de la raza bárbara.

Bellamente, dijo.

Luego cuando peleen griegos contra bárbaros o bárbaros contra griegos afirmaremos que se hacen "guerra" y son "enemigos" por naturaleza; y a tal enemistad hay que llamarla "guerra". Mas cuando griegos contra griegos hacen tal cosa, son, naturalmente, amigos, mas entonces está Grecia enferma
d y escindida; y tal enemistad ha de llamarse "escisión".

Convengo contigo, dijo, al pensar así.

Considera, pues, que en la escisión de que acabamos de hablar, cuando surge y desciende a la Ciudad, si unos desbaratan los campos de los otros e incendian las casas, ¡qué funesta te parece tal escisión!, y que ninguno de ellos es amante de la patria, porque, de serlo, no se atreverían a desgarrar
e a nodriza y madre. Lo moderado es llevarse la cosecha de los vencidos los vencedores y pensar que habrán de reconciliarse y no siempre estar en guerra.

Es mucho más benigno pensar de esta manera que de la otra.

Pero, ¿qué?, dijo, la Ciudad que fundas, ¿no será griega?

Ha de serlo, respondió.

¿Serán, pues, buenos y benignos?

Y mucho.

Pero, ¿no, amigos de los griegos?, ¿ni tendrán a Grecia por de la familia ni participarán de los ritos sagrados de ellos?

Y mucho.

471a Así pues, a la disensión respecto de los griegos, por ser familiares la considerarán "escisión"; y no la denominarán "guerra".

Pues no.

¿Luego reñirán como quienes se habrán de reconciliar?

Pues sí, ciertamente.

Por ser correctores de ellos y no enemigos, ¿los corregirán benévolamente, no castigándolos con servidumbre y destrucción?

De esta manera, dijo.

Luego ni, por ser griegos, devastarán la Grecia ni pondrán fuego a las casas ni tendrán en cada Ciudad a todos por enemigos suyos: a varones, mujeres y niños, sino por
b enemigos constantes a pocos: los causantes del diferendo. Y por esto mismo no querrán devastar su tierra, por ser amigos los más; ni derruir las casas, sino llevarán el diferendo hasta el punto en que los causantes se vean forzados por los padecimientos de los incausantes a dar la debida satisfacción.

Concedo, dijo, que así hay que comportarse con contrarios que sean conciudadanos nuestros; mas respecto de los bárbaros, como ahora se comportan entre sí los griegos.

c Pongamos, pues, esto por ley a los guardianes: ni devastar la tierra ni incendiar las casas.

Pongámoslo, dijo; y que así está bellamente hecho esto y lo anterior.

XVII. Pero me parece, Sócrates, que si se te deja que hables de esto, jamás te recordarás de lo que para hablar de todo esto anteriormente descartaste: lo de que sea posible tal régimen político y de qué manera sea posible. Porque, si se realizare, le vendrían a la Ciudad en que se realizara todos los bienes. Y además añado yo lo que tú dejaste: que guerrearían mejor contra los enemigos al no abandonarse en
d modo alguno unos a otros, por reconocerse y llamarse con esos nombres de hermanos, padres e hijos. Mas si también la mujer los acompañara en la guerra, sea en la misma fila, sea estacionada en la retaguardia para hacer miedo a los enemigos, y si se presenta alguna necesidad de socorro, sé bien que de esta manera resultarían invencibles. Y estoy
e viendo cuántos otros bienes tendrían en casa, de los que no se ha hablado. Mas puesto que convengo en que habría tales bienes, y miles de miles de otros, si tal fuera el régimen político, no hables más de él, sino tratemos de convencernos ya a nosotros mismos precisamente de esto: que es posible y cómo es posible; y dejemos correr lo demás.

472a De sopetón, repliqué, hiciste contra mi razonamiento algo así como una irrupción, y no te compadeces de mis vacilaciones. Porque no sabes que, habiendo escapado a duras

penas de las dos oleadas, me empujas a la mayor y más dificultosa de las tres oleadas; que, cuando la veas y digas, me tendrás gran compasión; que con razón me retraía y temía hablar y emprender poner a consideración razonamiento tan contra-la-opinión.

Cuanto más de esto hables, dijo, menos te nos escaparás
b de hablar sobre de qué manera es posible tal régimen político.
Habla, pues, y no lo dilates.

Pues bien, proseguí; primero, es preciso recordarse de que, investigando qué son justicia e injusticia hemos llegado a esto.

Es preciso; mas, ¿qué es eso precisamente?, dijo.

Nada. Pero si hallamos qué es Justicia, ¿juzgaremos que
el varón justo no ha de diferenciarse en nada de ella, sino
c ser de toda manera tal cual es Justicia? ¿O nos contentaremos
con que se acerque a ella lo más posible y participe de ella
mucho más que los demás hombres?

Así, dijo; nos contentaremos.

Luego para tener un paradigma, añadí, investigábamos
qué es la Justicia misma, y qué el varón perfectamente justo,
si existiera; y cuál sería en caso de llegar a serlo; y, a su
vez, la injusticia y el injustísimo, a fin de que, puesta en
ellos la mirada a ver cuál nos parece haberse respecto de
bienaventuranza o lo contrario, nos veamos forzados a con-
d venirnos en que quien se les asemeje más tendrá también
una suerte lo más semejante a la de ellos; mas no lo inves-
tigábamos para demostrar que es posible el que se realice.

Es verdad precisamente lo que dices, añadió.

¿Piensas, pues, que un pintor es menos bueno porque, habiendo delineado el paradigma de cuál sería el más bello de los hombres, y dádole al dibujo toda la perfección, no tuviera modo de demostrar que es posible llegue a ser real tal varón?

No, ¡por Júpiter!; no yo, dijo.

e Pues bien, ¿no afirmamos nosotros también haber hecho
en palabras el paradigma de Ciudad buena?

Absolutamente.

¿Piensas que, por esto, hemos hablado nosotros menos bien, si no tenemos cómo demostrar que es posible fundar una Ciudad de la manera que se dijo?

No por cierto, respondió.

Pues bien: así es la verdad, proseguí. Pero si hay que continuar empeñándonos en darte gusto en eso de demostrar, sobre todo, de qué manera y hasta qué punto sería más posible el realizarlo, concédeme una vez más lo mismo para una tal demostración.

¿Qué?

473a ¿Es factible ejecutar algo tal como se lo dice? ¿O de natural la ejecución palpa menos la verdad que la dicción? ¿Y si a uno no se lo parece así? Mas tú lo admites así, ¿o no?

Lo admito.

Así que no me fuerces a que todo lo que hemos descrito en palabras tenga que sacarlo, todo enteramente, a la luz en la obra. Mas si fuéramos capaces de hallar la manera más aproximada posible a lo explicado de fundar Ciudad, afirma que habremos hallado cómo es posible se realice lo que
b exiges. ¿O no te contentarás si damos con ello? Que yo me contentaría, por cierto.

Pues yo también, dijo.

XVIII. Después de esto, al parecer, intentemos buscar y poner de manifiesto qué es lo que, actualmente, se hace mal en las Ciudades por no fundarse de esta manera; y que llegaría la Ciudad a tal tipo de régimen político transformando algo bien pequeño, sobre todo una cosa, si no dos. Mas, si esto no, a poquísimas en números y pequeñísimas en importancia.

c Pues que sea enteramente así, dijo.

Pues bien, proseguí, cambiando una sola cosa, me parece tener cómo demostraríamos se transformara algo por cierto no pequeño ni fácil, —mas posible.

¿Cuál?, dijo.

Llegue ya, proseguí, precisamente a lo que comparamos con la oleada mayor. Se lo dirá; aunque, sencillamente, vaya a sumergirnos en risa y mala fama algo así como una oleada de risotadas. Atiende a lo que voy a decir.

Dilo, añadió.

A no ser, proseguí, que o los filósofos lleguen a reinar
d en las Ciudades o los reyes y soberanos, así llamados ahora,
lleguen a filosofar sincera y cabalmente, y coincidan en uno
mismo poder político y filosofía, y se excluya a la fuerza
a tantos que de natural están ahora yéndose a una sola de
las dos, no hay modo de que cesen los males, querido Glau-
cón, ni en las Ciudades ni, creo, en el género humano; ni
que este régimen político que, ahora, hemos descrito en
e palabras, llegue a nacer; y, en lo posible, vea la luz de Sol.
Pero precisamente esto es lo que me ponía desde hace rato
tanto recelo de hablar, al ver que, dicho, iría tanto tanto
contra la opinión común, porque dificultoso es de ver el
que no otro régimen la haría binaventurada ni en particulares
ni en público.

Sócrates, dijo: ¡qué palabra y aserto soltaste! Dicho lo
cual, piensa en que van sobre ti muchísimos, y no de los
474a cualesquiera de hoy, arrojando los vestidos, desnudos, echando
mano del arma que por caso encontrasen; y así, corriendo
en tropel a hacer quién sabe qué. De los cuales si no te
defiendes con razones y huyes, con bromas reales pagarás la
pena debida.

¿No eres, pues, tú, añadí, la causa de esto?

Bellamente lo estoy haciendo por cierto, dijo. Mas no
por ello te traicionaré, sino te defenderé como pueda. Mas
no puedo sino con benevolencia y admoniciones, y tal vez
te responda más esmeradamente que otro alguno. Con tal
b asistente trata de demostrar a los desconfiados que las cosas
son como las dices.

Trataré de ello, añadí, ya que me ofreces tan gran ayuda en el combate. Me parece, pues, necesario, si es que hemos de huir de quienes hablas, definirles a quiénes llamamos "filósofos", y nos atrevemos por ello a afirmar que deben gobernar, a fin de que, declarado eso, pueda uno defenderse,

c mostrando que a ellos toca, de natural, tratarse con la filosofía y mandar en Ciudad; pero a los otros, ni tratarse con ella, y seguir al comandante.

Es ya hora, dijo, de definirlo.

Bien pues, sígueme, por si de una u otra manera resulto comandante cabal.

Adelante pues, dijo.

¿Hará falta, proseguí, recordarte, o te recuerdas, de que cuando decimos amar algo, es preciso, en caso de decirlo correctamente, mostrar uno que ama de ello no una parte sí, otra no, sino abrazarlo entero?

XIX. Hace falta, dijo, al parecer, recordarlo, porque
d no lo acabo de entender.

A otro, Glaucón, proseguí, estaría bien decir lo que
dices; mas a varón enamorado no le está bien el olvidar que
todos los donceles en flor de edad muerden y conmueven,
de una manera u otra, a varón enamorado y amante de ellos,
teniéndose por dignos de solícitos cuidados y afectos. ¿No
es así como obráis respecto de los bellos? Que sea uno chato;
por serlo, llamándolo "gracioso", lo ensalzaréis; a otro, por lo
de narigón, diréis ser "real"; al que de nariz mediana, que
e la tiene en el "justo medio"; a los negros, "varoniles de ver";
a los blancos, ser "hijos de dioses"; a los de "color de miel",
¿de quién crees ser invención tal nombre, sino de enamorado
fácil de contestar y que lleva benévolamente la palidez si
va con flor de edad? Y en una palabra excusáis con toda
clase de excusas y soltáis cualquier vocablo, con tal de no
475a perder a ninguno de los en edad florida.

Si quieres, dijo, a costa mía hablar de que los enamorados hacen eso, lo concedo por gracia al razonamiento.

Pero ¿qué?, proseguí; ¿no ves que los amantes-del-vino hacen exactamente lo mismo?: que todo es buen pretexto para beberse todo vino.

Y mucho.

Y respecto de los ambiciosos, tal creo, ¿ves que si no pueden ser comandantes de ejército, mandan a un tercio de

b él, y si no pueden ser honrados por los mayores y más venerables se contentan con ser honrados de otros más pequeños y unos cualquiera, por apetecer cualquier honor?

Efectivamente.

A esto, di sí o no: cuando decimos de alguien que apetece algo, ¿diremos que apetece el eidos íntegro o una parte de él sí; pero otra, no?

Integro, dijo.

Pues bien: ¿diremos que el *filósofo apetece la sabiduría,* una parte de ella sí, otra no, sino íntegra?

Es verdad.

c Luego de aquel a quien repugne aprender, especialmente si es joven y aun no tiene uso de razón para saber qué es lo bueno y qué no lo es, no diremos que sea ni amante-de-aprender ni amante-de-sabiduría; al modo que de aquel a quien repugnan los alimentos decimos que no tiene hambre ni apetece alimentarse; ni que sea glotón, sino inapetente.

Y lo diremos correctamente.

Pero de quien esté siempre dispuesto a gustar de toda enseñanza y se dé complacido a aprender y sea insaciable, ¿de éste precisamente diremos que es filósofo? ¿Es así?

d Y Glaucón respondió: luego muchos serán, y raros, los tales, porque todos los amantes de-espectáculos me parece son tales por gozarse en aprender, y los amantes-de-audiciones son demasiado raros para ser puestos entre los filósofos; por ganas, no querrían venir a oír razonamientos y conversación cual ésta; mas como si hubieran alquilado sus orejas para oír todos los coros de las dionisíacas, dan vueltas y vueltas
e para no perder uno de los que haya en ciudades o aldeas. Pues bien, ¿a todos éstos y a otros aprendices de tales cosa, y a los de artecillas, llamaremos "filósofos"?

En modo alguno, respondí, sino "parecidos a filósofos".

XX. Pero, ¿a quiénes, dijo, llamas "verdaderos"?

A los amantes-de-contemplar la verdad, respondí.

Esto es, ciertamente, lo correcto, dijo; mas, ¿en qué sentido lo dices?

En modo alguno, respondí, sería cosa fácil decirlo a otro; mas creo que tú me concederás esto:

¿Qué?

476a Que, por ser contrario lo Bello con lo Feo, son un par de dos.

Pero, ¿cómo no?

Sí, pues, son dos, ¿son también cada uno uno?

También esto.

Y respecto de Justo e Injusto, de Bueno y Malo, y de todos los eídoses, el mismo razonamiento: que cada uno es uno, él. Mas por dar la apariencia de comunicarse por doquier acciones, cuerpos, y entre sí, cada uno parece ser muchos.

Correctamente hablado, dijo.

Según esto, pues, proseguí, voy a separar: por una parte a los que tú llamabas "amantes-de-espectáculos, de artes
b y prácticos"; por otra, la que trata el razonamiento, a los que única y correctamente se denominaría "filósofos".

¿En qué sentido lo dices?, preguntó.

En el de que los amantes-de-oír y los amantes-de-espectáculos préndanse de las bellas voces, colores, figuras y de todo lo artísticamente elaborado con ellos; mas su mente resulta impotente para ver y prendarse de la naturaleza de lo Bello mismo.

Pues así pasa, ciertamente, dijo.

Mas los capaces de ir en pos de lo Bello mismo, y verlo
c en sí mismo, ¿no serían escasos?

Y mucho.

Pues bien, quien crea haber cosas bellas, mas ni crea haber lo Bello mismo ni se tenga por capaz de llegar a su conocimiento, ¿te parece que viva soñando o despierto? Considéralo: ¿consiste el soñar en esto precisamente: en tener, dormido o despierto, lo semejante, no por ser semejante, sino por ser el objeto mismo a que se parece?

Yo diría, respondió, que soñar es precisamente eso.

Pero ¿qué?: quien tiene a lo Bello mismo por contrario
d a todo eso, y es capaz de percibirlo a él mismo y a sus participantes, y que no lo tiene a él por los participantes ni a los participantes por él; ¿te parece viva el tal despierto o dormido?

Y bien despierto, respondió.

¿Diríamos, pues, correctamente que su pensamiento, por serlo de un entendido, es conocimiento; mas que es opinión el del opinante?

Absolutamente.

Y ¿qué si se nos enfadara éste precisamente: el que decimos opinar, y no conocer, y pusiera en duda que decimos
e la verdad. Tendríamos modo de apaciguarlo y convencerlo amablemente, y sin que se note, de que no está sano?

Hay que hacerlo, dijo.

Pues bien, considera qué le diremos; o, si quieres, démoselos a entender diciéndole que, si sabe algo, no nos dará envidia sino veríamos complacidos que sabe algo. Pero responde a esto: el conocedor, ¿conoce algo o nada? En lugar de él respóndeme tú.

Responderé, dijo, que conoce algo.

¿Algo que está siendo o que no está siendo?

477a Algo que está siendo; porque, ¿cómo conocería lo que no está siendo?

Bástenos, pues, con esto; y, si lo mirásemos más aún: ¿lo que está siendo de todo en todo es de todo en todo cognoscible?; pero que lo que no está siendo en modo alguno, ¿es incognoscible totalmente?

Bastantísimamente.

Sea. Mas si algo se hubiere de tal manera que esté siendo-y-no esté siendo, ¿no caería en medio de lo que está siendo puramente y de lo que en modo alguno está siendo?

En medio.

Si, pues, el conocimiento versa sobre lo que está siendo, mas la ignorancia, por necesidad, sobre lo que no está siendo,

b para lo intermedio de ambos, ¿habrá que buscar algo intermedio entre ignorancia y ciencia, si es que, por caso, hubiera algo así?

Absolutamente.

¿Decimos que es algo la opinión?

Pues, ¿cómo no?

¿Poder distinto o el mismo que el de ciencia?

Distinto.

Luego sobre una cosa versa la opinión; y sobre otra distinta la ciencia, cada una con su poder: el de ella.

Así es.

¿La ciencia, pues, ha nacido para versar sobre el ente, conociendo cómo es el ente? Pero me parece necesario más bien distinguir primero así:

¿Cómo?

c XXI. Diremos que las potencias son un cierto "género" de ente, con las que podemos lo que nosotros y cualquier otra cosa podemos lo que ella pueda, —cual digo que vista y oído son potencias, si se entiende lo que quiero decir con lo de "eidos".

Entiendo, dijo.

Escucha, pues, lo que me parece sobre ellas Que no veo en ellas, cual en muchas otras cosas, ni color ni figura ni algo parecido, mirando lo cual defina yo mismo lo que son unas u otras. En una potencia miro solamente para qué es
d y qué hace, y según esto llamo "potencia" a cada una; y a la ordenada a lo mismo y a la que hace lo mismo la llamo "la misma"; mas a la que se ordena a algo diferente y hace algo diferente, llamo "diferente". Pero tú ¿qué? ¿Cómo lo haces?

Así, respondió.

Una vez más, proseguí, óptimo: ¿afirmas que la ciencia es una cierta potencia?, ¿o en qué género la pones?

En ese, dijo; que es ella la más poderosa de todas las
e potencias.

Pero ¿qué?, ¿a la opinión la remitiremos a potencia o a otro eidos?

En modo alguno, respondió; porque la opinión no es sino aquello por lo que "podemos" opinar.

Empero, hace bien poco admitiste que no son lo mismo ciencia y opinión.

¿Cómo, dijo, sostendría cualquiera de buen sentido que lo infalible sea lo mismo que lo no infalible?

478a Bellamente, respondí; y es claro que queda admitido entre nosotros que es algo diverso opinión de ciencia.

Diverso.

Luego cada una de ellas, por poder algo diverso, ¿nació para algo diverso?

Necesariamente.

¿La ciencia, por cierto, para lo ente: para conocer cómo se ha lo ente?

Sí.

Mas la opinión, afirmamos, ¿para opinar?

Sí.

¿Así que conoce lo mismo que la ciencia; y serán lo mismo cognoscible y opinable? ¿O es imposible?

Imposible, respondió, según lo convenido; si para algo diverso ha nacido una potencia diversa, aunque las dos sean potencias: opinión y ciencia; mas cada una es diversa de la otra, como lo afirmamos, no se seguirá de esto el que
b sean lo mismo cognoscible y opinable.

Luego si lo ente es lo cognoscible, ¿no sería lo opinable algo diverso de lo ente?

Diverso.

¿Opinará, pues, sobre lo no ente? ¿O es imposible aun opinar sobre lo no ente? Piénsalo El Opinante, ¿hacia qué dirige la opinión? ¿O es factible opinar, mas opinar sobre nada?

Imposible.

¿Mas el opinante opina sobre algo?

Sí.

Mas, por cierto, lo no ente no es algo; "nada" se lo
c llamaría con toda corrección.

Absolutamente.

¿Necesariamente, pues, entregaremos a la ignorancia lo no ente; mas al conocimiento, lo ente?

Correctamente, dijo.

¿Luego no opinará ni sobre lo ente, ni sobre lo no ente?

Pues no.

¿Luego la opinión no sería ni ignorancia ni conocimiento?

Parece que no.

¿Está, pues, fuera de las dos, desbordando por claridad al conocimiento; y a la ignorancia, por oscuridad?

Ni lo uno ni lo otro.

¿Así que, proseguí, te parece que la opinión es más tenebrosa que el conocimiento; pero más luminosa que la ignorancia?

Y mucho más, respondió.

d ¿Pero colocada fuera de ambas?

Sí.

¿Luego la opinión estaría en medio de ambas?

Efectivamente, pues.

¿No afirmamos anteriormente que, si algo pareciere estar a la vez cual entre ente y no ente, estaría colocado en medio de lo puramente ente y de lo totalmente no ente; y que ni la ciencia ni la ignorancia versarían sobre eso, sino sobre otra cosa que pareciera estar entre ignorancia y ciencia?

Correctamente.

Ahora bien: ¿no quedó en claro que en medio de ambas está lo que llamamos "opinión"?

Quedó en claro.

e XXII. Nos resta, pues, por hallar, al parecer, lo que participa de ambos: de ser y de no ser; y que, correctamente denominado, no es ninguno de los dos en cuanto puros, a

fin de que, si se nos aparece, le atribuyamos en justicia "ser opinable", dando así los extremos a las potencias extremas; lo intermedio, a las intermedias, ¿no es así?

Así.

Subpuesto esto, diré: hable y responda el bueno que
479a no cree exista ni lo Bello mismo ni idea alguna de lo Bello mismo, que se haya de la misma e idéntica manera; mas juzgue que haya muchas cosas bellas aquel amante-de-espectáculos que no aguanta en modo alguno que se le diga existir un lo Bello y un lo Justo y parecidos. "Entre tantas cosas bellas, Excelencia, diremos, ¿hay alguna que no aparezca fea en algo?; y de entre las justas, ¿alguna que no en algo, injusta? ¿Y de las piadosas, que no en algo impía?".

b No, respondió, sino que, por necesidad, de alguna manera las mismas cosas bellas se aparecen feas; y así de lo demás que preguntas.

Pero, ¿qué de tantas cosas dobles; se aparecen por eso menos cual mitades que como dobles?

No menos, en nada.

Y de las grandes y pequeñas, y las ligeras y pesadas, ¿diremos de ellas eso, o a ellas también las atribuiremos lo contrario?

No aquello, respondió; sino que siempre tendrá cada una algo de ambas.

¿Es cada una de esas cosas más bien, muchas; o no es precisamente eso que se dice ser ella misma?

Se parece esto a los que de sobremesa cuentan cuentos
c ambiguos y al enigma de los niños acerca del eunuco tirando contra el murciélago; dan a adivinar con qué y sobre qué tiró. Que también aquellos casos resultan ambiguos, y no es posible determinar apretadamente acerca de ellos nada de si "ser ni no ser", ni si ambas a la vez ni si ni una ni otra.

¿Puedes decirme, preguntó, cómo habérselas con tales cosas? ¿O dónde las colocarías en lugar más bello que entre esencia y el no ser? Porque no parecen ser más tenebrosas
d que lo no ente en eso de ser aun más no ser; ni más luminosas que lo ente, en eso de ser aun más ser.

Verdaderísimo, dijo.

Luego hemos encontrado, al parecer, que lo que la mayoría tiene por legal respecto de Bello y demás casos oscila de alguna manera entre lo no ente y lo ente puramente tales.

Lo hemos encontrado.

Pero anteriormente nos convinimos en que, si algo así apareciere, habría que llamarlo "opinable"; pero no, "cognoscible". Es captable por una potencia intermedia lo que era en el intermedio.

En ello convinimos.

e Luego de los que miran la multitud de cosas bellas, mas no ven lo Bello mismo, y no pueden seguir a quien hacia Ello los guía; y la multitud de cosas justas, mas no lo Justo mismo, y así de todo lo demás, diremos que en todo opinan; mas que nada conocen de lo que opinan.

Por necesidad, dijo.

Pero, ahora, ¿qué, respecto de los que contemplan cada una de esas cosas en sí mismas, y los entes que se han siempre de la misma e idéntica manera? ¿No diremos que conocen?; ¿sino que no opinan?

Esto es también necesario.

¿No diremos, pues, también que los tales abrazan y
480a aman precisamente las cosas de que hay conocimiento; mas los otros, las de que hay opinión? ¿O no recordamos que de estotros dijimos que aman y contemplan las voces y colores bellos y otras cosas tales, mas que no aguantan lo Bello mismo cual algo real?

Lo recordamos.

¿Faltaríamos, pues, en algo llamándolos "amantes-de-opinión", más bien que amantes-de-sabiduría? ¿Se ofenderán mucho si así hablamos?

No, si me hacen caso, dijo; porque no es lícito ofenderse por la verdad.

Luego a quienes se abracen con cada cosa en cuanto ente hay que llamar "amantes-de-sabiduría"; pero no, "amantes-de-opinión".

Pues, de todo en todo, así es.

INDICE

	Pág.
Argumento	9
Libro primero	83
Libro segundo	135
Libro tercero	173
Libro cuarto	215
Libro quinto	253

IMPRESO EN NOVIEMBRE DE 1982
EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
DE VENEZUELA